

Villalobos Lara, Raquel Elizabeth

*Presencia y sentido de los “Caballeros Moros”
en dos Romances Fronterizos Españoles :
Romance de la Conquista de Alhama, con la cual
se comenzó la última guerra de Granada y
Abenámar y el rey don Juan*

Letras N° 61-62, 2010

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Villalobos Lara, R. E. (2010). Presencia y sentido de los “Caballeros Moros” en dos romances fronterizos españoles: Romance de la Conquista de Alhama, con la cual se comenzó la última guerra de Granada y Abenámar y el rey don Juan [en línea], *Letras*, 61-62, 319-323. Recuperado de <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/presencia-sentido-caballeros-moros-romances.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

Presencia y sentido de los «Caballeros Moros» en dos Romances Fronterizos Españoles: *Romance de la Conquista de Alhama, con la cual se comenzó la última guerra de Granada y Abenámar y el rey don Juan*

Raquel Elizabeth VILLALOBOS LARA

Departamento de Literatura

Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile

Resumen: Una de las composiciones poéticas genuinamente españolas son los Romances, en donde se cantan, narran y describen sensaciones, acontecimientos y hechos históricos que tiene lugar en una sociedad en que conviven tres culturas, tres religiones, tres mundos. Precisamente es aquí en que cada uno se vuelve un «Otro» en relación con su oponente cultural. Me interesa analizar en esta ponencia la función de la presencia discursiva del llamado «Caballero Moro» en relación con los «Caballeros Castellanos» en los romances: «*Abenamar y el Rey Don Juan*» y «*Del rey moro que perdió Alhama*», principalmente. Del mismo modo, será necesario hacer una breve comparación de estos romances con el tratamiento del «Otro» en el *Poema de Mio Cid*. Es inevitable, asimismo, pensar que en una sociedad fronteriza, en donde la convivencia con el «Otro» se vuelve cotidiana, se pueda generar este tipo de poemas que podrían haber sido escritos incluso por sus «naturales enemigos», en el caso de los romances. Finalmente, el poema también se convierte en un campo de batalla.

Palabras claves: romances fronterizos – *Poema de Mio Cid* – otredad.

Abstract: Romances are genuinely Spanish compositions, in which the actions taking place in a society of three cultures, three religions and three worlds are described and celebrated. It is precisely here that every one becomes the «Other» to his cultural opponent. In this paper I intend to analyse the function of the Moorish Knight's discursive presence facing the Castilian Knights in the romances *Abenamar y el Rey Don Juan* and *Del rey moro que perdió Alhama*. I will also compare these romances with the treatment of the Other in *Poema de Mio Cid*. The consideration of all these poems, written in a borderline zone, leads to the understanding of the poem as a battlefield.

Key-words: borderline romances – *Poema de Mio Cid* – otherness.

Los «romances» serán definidos como aquellas composiciones poéticas, de origen anónimo y de carácter popular. Es en estas canciones, genuinamente españolas, donde es posible encontrar una clara y definida caracterización del «Caballero Moro» y su supuesto adversario, el «Caballero Cristiano». Ambos caballeros considerados como identidades cultural y religiosamente opuestas que, sin embargo, comparten cierto status caballeresco.

El primer elemento que salta a la vista es que la voz discursiva de los romances¹ que me propongo analizar –«*Romance de la Conquista de Alhama*»² y «*Abenamar y el Rey Don Juan*»– está impregnada de la llamada «maurofilia», es decir, la atracción tanto hacia la civilización oriental como hacia la fastuosa ornamentación, que se manifiesta en diferentes planos, por ejemplo, en la decoración ostentosa de las construcciones; y, las lujosas vestimentas y atavíos. La maurofilia tiene como principal característica el «respeto y compasión por la desgracia del enemigo» (Menéndez Pidal 1956: 29) y por la gran estimación a la nobleza del adversario, el cual, a menudo, se comporta con arrogante gallardía y «refinada galantería cortesana» (Menéndez Pidal 1956: 29).

Éste será el eje para analizar y caracterizar el sentido del caballero moro y cristiano. No obstante, la condición maurofílica está limitada por un factor temporal, es decir, el momento en que se gestan estos romances. Porque como bien lo señala Menéndez Pidal: «la estimación del moro en España no es concebible hasta después de 1492, cuando los moros quedan completamente vencidos» (1956: 26). Evidentemente hacia los siglos IX y XIII el poder islámico constituía una amenaza latente y casi imposible de vencer, sobre todo en los primeros siglos de invasión y conquista árabe. En ese tiempo «no se podía mirar a los moros sino como enemigos a quienes hay que combatir» (Menéndez Pidal, 1956: 26). *El Cid*, por ejemplo, derrota al rey moro de Sevilla y se enfrenta con los almorávides por Valencia. Sin embargo, como dice Menéndez Pidal «nunca son mirados como enemigos odiosos e irreconciliables [...] El poema se conduce del hambre que pasan los moros de Valencia durante el asedio de la ciudad; Abengalbón es «moro de paz», amigo del héroe castellano» (1956: 26-27). Por otra parte, y desde el punto de vista árabe, en el texto del portugués Ali Ibn Bassam³ llamado la *Dajira*, se retrata al Cid de una manera muy hostil: «El Cid, un perro de Galicia, está animado de infames deseos, emplea, según su costumbre, el fraude y utiliza falsos pretextos, es una terrible calamidad, el azote del país, que Allah maldiga, un tirano cruel que siembra el terror, que lo saquea todo y que sabe llevar a cabo las atroces acciones que comienza, hombre lleno de los deseos más violentos y de una avaricia extrema, manantial de dolor y de deshonra para todos, un rayo para la Península» (Horrent 1973:145). Esta actitud de animadversión queda casi anulada en el momento en que el mismo Ibn Bassam elogia a quien odia y lo llama «uno de los milagros del señor, deseo de gloria, de una prudente firmeza, de un valor heroico, siempre victorioso y que combate por igual a moros y a cristianos» (Horrent 1973:145)⁴. Es decir, resalta las cualidades guerras de su adversario.

¹ Tanto el Romance de Abenamar como el Romance al Alhama corresponden, según la clasificación de Ramón Menéndez Pidal a Romances moriscos y de frontera. En R. Méndez Pidal 1955.

² Este Romance también es llamado: «*Romance del rey moro que perdió Alhama*».

³ Contemporáneo del Cid, vivió en Córdoba y Sevilla y murió entre 1147-1148.

⁴ Es necesario dejar planteado que son varias las fuentes árabes que hablan tanto negativa como positivamente, en el menor de los casos, del Cid. Al respecto ver Horrent: 1973.

**Presencia y sentido de los «Caballeros Moros» en dos Romances Fronterizos Españoles:
*Romance de la Conquista de Alhama, con la cual se comenzó la última guerra de Granada y
Abenámbar y el rey don Juan***

Menéndez Pidal explica que cuando el poder de los cristianos se hizo superior frente al ya abatido y último reducto árabe en Granada, los castellanos «lejos de sentir repulsión [...] se sintieron atraídos hacia aquella exótica civilización» (1956:27). Y esta atracción se convirtió en una moda. Prueba de ello es que los romances moriscos «fueron compuestos por los cristianos desde el punto de vista moro» (Menéndez Pidal 1955:220). Cuando los Reyes Católicos inician la reconquista de Granada con la toma de Alhama en 1482, el carácter maurofílico de los textos literarios ya se había transformado en una costumbre muy habitual. El afligido grito del rey de Granada y que a la vez funciona como estribillo del romance *¡Ay de mi Alhama!* del romance titulado *Romance de la Conquista de Alhama*, refleja el estado anímico de los moros por la pérdida de tan magnífica ciudad. Nótese, sin embargo, que este romance no «canta el entusiasmo de los cristianos por la conquista de tan importante plaza militar, sino el dolor de los moros por la pérdida sufrida» (Menéndez Pidal 1955: 27)⁵.

En este Romance, al igual que en el de *Abenámbar y el Rey don Juan*, sitúan al poeta como si estuviese en medio del campo de batalla. Un cristiano imagina cómo fue la pérdida de Alhama y relata, como una pequeña nota periodística, este hecho. Menéndez Pidal nos entrega antecedentes históricos acerca de este acontecimiento de la siguiente manera: «La ciudad de Alhama fue sorprendida por el marqués de Cádiz, don Rodrigo Ponce de León, la noche del 28 de febrero de 1482, gracias a la pericia del escalador y al arrojo de un vecino de Carrión, Juan de Ortega, quien sin ser sentido, echó la escala la castillo de la ciudad y entró el primero en él» (1956: 227).

Desde el inicio del romance vemos que se trata de personajes activos, con decisión y acciones propias de un momento desesperado: «Paseábase el rey moro, por la ciudad de Granada». En la primera estrofa este rey moro recibe una misiva, en la cual se cuenta cómo su querida ciudad era tomada por los cristianos. Inmediatamente lanza un dolorido suspiro, el que se transforma, a su vez, en el grito de dolor colectivo: «¡Ay de mi Alhama!» El sentido de posesión de aquella ciudad, asimismo, se ve reflejado en este lamento. En un gesto violento, en la segunda estrofa, da muerte al mensajero, portador de la mala noticia («Las cartas echó en el fuego y al mensajero matara»). Los gestos desesperados del rey se traducen en «echar mano a sus cabellos y mesar su barba». A continuación somos testigos que a través del relato circunstancial de este hecho y de los elementos que envuelven el entorno de este personaje («...apeose de la mula y en un caballo cabalga; por el Zacatín arriba subido había a la Alhambra»), se pone de manifiesto que, a pesar del doloroso momento, no se dejan de lado las costumbre árabes («andar a caballo») y la descripción de los finos instrumentos igualmente árabes, a saber: «mandó tocas sus trompetas, sus añafiles de plata, porque lo oyesen los moros...». En la tercera estrofa somos testigo del encuentro del rey moro con otros dignatarios árabes, entre ellos un anciano, y por eso respetado, alfaquí («Cuatro a cuatro, cinco a cinco, juntado se ha gran compañía. Allí habló un viejo alfaquí, la barba bellida y cana...») Quien parece preguntarle inocentemente acerca del encuentro: «-¡Para qué nos llamas, rey, a qué fue nuestra llamada?- Para que sepáis, amigos, la gran pérdida de Alhama, ¡Ay de mi Alhama!»).

⁵ Menéndez Pidal nos señala que este romance, según el historiador de las *Guerras Civiles de Granada* se compuso entre moros, pero también se cantó en castellano. Menéndez Pidal, por su parte, señala que no tiene motivos para negar que este lamento por la pérdida de Alhama se haya compuesto en árabe, sin embargo, refuerza la idea de que estos romances y otros de inspiración mucho más musulmana son de origen castellano (Menéndez Pidal: 1956 27).

El rey, como buscando apoyo los nombra «amigos» y le da a conocer la noticia. El viejo alfaquí, es finalmente, quien le reprocha, en la cuarta y última estrofa, la pérdida de la ciudad. Las razones de tan desdichado final las resume así: por matar a la noble e ilustre familia de los Bencerrajes, de origen africano y rivales directo de los zegríes; y, por «coger» a los «Tornadizos de Córdoba», es decir, a los cristianos convertidos al Islam, quizás por propia conveniencia personal, casi al final del dominio árabe. Obsérvese que los mismos árabes, encabezados por el alfaquí, quienes finalmente le enrostran a su propio rey moro, las malas artes que ha ejecutado en su gobierno y que por tal razón merece que se pierda él, el reino y que se «acabe Granada». Quizá detrás de este anciano alfaquí se esconde la voz de los castellanos o cristianos que le recriminan al rey moro su mal actuar: «-¡Bien se te emplea, buen rey, buen rey, bien se te empleara! Mataste los Bencerrajes, que era la flor de Granada; cogiste los Tornadizos de Córdoba la nombrada. Por eso mereces, rey, una pena muy doblada. Que te pierdas tú y el reino y que se acabe Granada. ¡Ay de mi Alhama!»

El romance de «*Abenámbar y el rey don Juan*», por su parte, corresponde a la etapa final de la Reconquista, al igual que el anterior, cuando los cristianos se esfuerzan en tomar Granada. El anhelo que expresa el rey don Juan por poseer la ciudad sería una actitud propia de ese tiempo. Quien nos relata los hechos históricos acaecidos en torno a este romance es Menéndez Pidal. Según él en «el año 1431 el rey Juan II de Castilla llega ante Granada acompañado del infante moro Abenalmáo, a quien había ofrecido colocar en el trono nazarí; la ciudad se rinde, y el infante es reconocido rey en ella» (1955: 224). En el romance existe un diálogo entre varias voces: la del rey don Juan; su adversario, Abenámbar; el narrador y la ciudad Granada. Esta última se presenta como una ciudad sagrada y deseada. El poema se inicia con el llamado del rey don Juan al moro Abenámbar, de quien no sabemos nada. El poema tampoco nos da a conocer nada sobre los antecedentes narrativos de este moro. Sin embargo, es el cristiano quien le atribuye, desde el inicio, un aire misterioso y maravilloso al moro en el día de su nacimiento: «¡El día que tu naciste grandes señales había, estaba la mar en calma, la luna estaba crecida!» Evidentemente se trataría de un hecho extraordinario, porque cuando la luna «esta crecida», la mar no puede estar serena. Este fenómeno, ciertamente, le otorga credibilidad al moro, más aun, se suma el hecho de haber nacido de «cristiana cautiva». Se refuerza, entonces, el hecho de que los moros son mentirosos, pero Abenámbar avala su veracidad al tener una madre cristiana.

Ambos caballeros se tratan con la mayor cortesía posible, incluso el Rey don Juan se la agradece, al momento que le demanda información sobre unas maravillosas construcciones que ambos observan: «Yo te agradezco Abenámbar a queste tu cortesía. ¿Qué castillos son aquellos? ¡Altos son y relucían!». El moro, a petición del rey don Juan, le muestra y describe la ciudad: «El Alhambra era, señor, y la otra los Alixares, labrados a maravillas». Fíjese que existe un intencionado juego verbal. El moro no habla de la maravillosa ciudad que es actualmente, sino que utiliza el pretérito imperfecto para referirse a ella («El Alhambra era...») como reforzando la idea que ahora, mientras está en decadencia el poderío islámico y los cristianos arremeten con la reconquista, no puede mostrarse tan hermosa, como cuando esta ciudad estaba en su apogeo con los árabes. En esta misma estrofa también se deja entrever el carácter despiadado del rey hacia la persona que labró tan magnífica ciudad: «Desde que los tuvo labrados el Rey le quitó la vida, porque no labre otros tales al rey de Andalucía». Inmediatamente después surge por primera vez la voz del narrador que relata las impresiones del momento: «Allí hablara el rey don Juan, bien oiréis lo que decía». Y don Juan dice: «Si tú

**Presencia y sentido de los «Caballeros Moros» en dos Romances Fronterizos Españoles:
*Romance de la Conquista de Alhama, con la cual se comenzó la última guerra de Granada y
Abenámár y el rey don Juan***

quisieras, Granada, contigo me casaría, darette en arras y dote a Córdoba y a Sevilla». Cabe destacar, que es propio de la tradición castellana la antropomorfización de un lugar, en este caso la ciudad de Granada, la cual se transforma en una bella y deseada dama que es pretendida por estos dos caballeros. A continuación, la ciudad niega entregarse al rey don Juan, porque se declara casada con el rey moro: «Casada soy, que no viuda, el moro que a mí me tiene muy grande me quería». Nótese, nuevamente el uso del tiempo pretérito imperfecto («me quería») cuando la dama-ciudad habla de su estado civil. Al escuchar el rechazo de Granada, el rey don Juan coge su artillería y emprende la ofensiva. Finalmente, el romance termina sin mostrarnos cómo terminó aquella batalla entre caballeros. Se dice que «El combate era tan fuerte que grande temor ponía», pero nada se nos informa acerca del final, quizá no se señala para no volver a recordar la derrota mora.

A modo de conclusión

El lenguaje y trato entre ambos caballeros, en el romance de Abenámár, es más bien refinado, no se trata, en ningún caso, de un combate grotesco y sangriento, es más bien un combate elegante. Ciertamente, no puede ser de otro modo, tratándose de dos caballeros. El rey cristiano, desde el primer instante del encuentro, alaba las maravillas arquitectónicas únicas en su tipo de la ciudad de Granada. Se trata, finalmente, de una guerra tanto bélica como amorosa, en la que el refinamiento de la civilización mora, encarnada en el personaje Abenámár, se contrapone a la fuerza militar de los cristianos, representados por el rey don Juan II de Castilla.

Si bien estos dos romances cantan y relatan un episodio amargo para los árabes- como es la pérdida de una importante plaza militar- no se deja de lado el hecho de mostrarlos tan dignos y altos en el trato y en el actuar como a los mismo caballeros cristianos. Dejando de lado la maurofilia, también podemos pensar que un caballero, sea del bando que fuese, no podrá tener nunca un adversario que no sea de su altura, es decir, no se podrá preciar de tal, sí a quien se enfrenta en más bajo y menos digno que él.

Bibliografía

- Escudero, Alfonso M.: *Romancero Español*. Chile, Nascimento, 1976.
- Horrent, Hules: «Retrato del Cid según ciertos testimonios árabes» en *Historia y poesía en torno al «Cantar del Cid»*. Barcelona, Ariel, 1973.
- Menéndez Pidal, Ramón: *Flor Nueva de Romances Viejos*. Madrid. Espasa Calpe, 1955.
- : *España, eslabón entre la cristiandad y el Islam*. Madrid, Espasa Calpe, 1956.